y adorase á Lydia era cosa que le parecía superior á sus fuerzas.

Alzó la cabeza con intención de gritarle á Raimundo: «¡No os engañéis más tiempo; la que se ha conservado virtuosa soy yo; ella es la que se ha perdido! ¿Cómo habéis podido engañaros?... ¿No era evidente que si en esta casa había una perdida no fuera yo, sino la extraña que ha venido para nuestra desgracia, vuestra y mía; que os ha embrujado con sus miradas y sus sonrisas, pero que es una falsa, desleal y peligrosa criatura? Miradme. ¿Tengo yo acaso el aire de una mujer que da citas por la noche en el jardín ó en el pabellón, y que no se estremece de verguenza al día siguiente al encontrarse en la mesa con su familia? ¿Acaso se avienen estas villanías y estas impurezas con lo que sabéis de mí desde mi infancia? ¿Os habéis vuelto ciego al enamoraros? ¡Vamos, abrid los ojos; devolved vuestra estimación á la que es digna de ella; lanzad vuestro desprecio sobre la que lo ha merecido!»

La voz de Raimundo la sacó de su tempestuosa lucha interior.

—Perdóname, querida niña—decía—el disgusto que te he dado y que te agobia. Estoy desesperado..... ¿Pero no se me debe perdonar? Piensa que ese hombre te había engañado cobardemente y que al herirle te he vengado..... No me odies; sería muy cruel ver que apartabas de mí los ojos con horror. Y sin embargo, comprendo que te sea odiosa mi presencia..... Es preciso que no estés aquí mucho tiempo..... Podrían notar tu ausencia..... Vuelve á casa, reflexiona, llora y ruega. Mañana, más tranquila, me juzgarás más equitativamente..... Yo te compadezco con toda mi alma

y te conservo toda mi amistad... ¿Acaso la rechazarías? En todo caso, sabe que lo que acabamos de hablar está ya olvidado, y que no volveré á hablar jamás de ello.

Raimundo no se atrevió á tender la mano á su prima, temiendo que no se la tomase. Inclinóse ante ella. Pero al verlo alejarse, á él, el amigo de toda su vida, Teresa sintió que algo se derrumbaba en su ser. Sufrió entonces más que en todos los momentos de aquella dolorosa entrevista, y, con lágrimas que no podía contener, tendiendo los brazos al que se iba:

—¡Raimundo!—exclamó.—¿Es así como debemos separarnos?

Un irresistible impulso arrastró á Raimundo hacia ella. La estrechó contra su pecho, y llorando él también, después de tantas angustias sufridas:

—¡Oh, Teresa! ¡Pobre Teresa!—balbuceó besándola como cuando era pequeñita.

Teresa se desprendió de sus brazos dulcemente, secó las lágrimas que corrían por su pálido rostro, sonrió tristemente á su amigo, y dijo:

—¡Adiós!

Luego, como una sombra, en aquella noche transparente, bajó de la terraza y desapareció en un recodo del sendero. Raimundo, al quedarse sólo, lanzó un suspiro, y saltando la balaustrada se dejó caer al camino. La mar brillaba como un espejo de plata á la claridad de la luna. Por entre las ramas de los árboles pasaban brisas frescas y perfumadas. Una profunda paz flotaba sobre todas las cosas. Raimundo sintió, á pesar de su tristeza, que el corazón se le ensanchaba. Aquella dulce naturaleza que le rodeaba era un delicioso cuadro para su dicha. Pensó que la vida era bella y pre-

ciosa, puesto que Lydia era fiel. Dos días antes, sin embargo, se iba otro por el mismo camino, riendo, delante de la misma mar argentada, bajo la misma dulce claridad, pensando que era dichoso, puesto que Lydia le pertenecía. Nada cambió; el camino no se hizo más árido, la mar menos serena, el cielo menos puro. No hubo en el mundo más que un engaño y una ilusión más.

Al volver hacia la casa vió Teresa brillar en la oscuridad la luz del salón, y se modificó bruscamente el curso de sus ideas. Aquella luz le recordaba que Lydia la esperaba, y que iba á ser preciso darle una explicación. ¡Qué cambio en su existencia, qué golpe para su corazón! Ploerné de vuelta, el italiano muerto. ¿Sería preciso tomar precauciones con ella como Raimundo? ¿Sería capaz de morir de dolor al saber que Girani había pagado con su vida la dicha de ser amado por ella? ¿Tendría el espíritu bastante firme para soportar la idea de que había sido su prometido el matador de su amante?

Durante el corto trayecto que anduvo desde la terraza al vestíbulo, Teresa pensó en esto, y cuando abrió la puerta del salón era presa de una irresolución horrible. Lydia no estaba sentada como cuando la había dejado. Su fingida indiferencia no había podido resistir á la curiosidad. Y de pie, delante de la ventana, esperaba, mientras que Leila seguía su canto en la habitación de al lado. A la primera mirada que echó al rostro trastornado de Teresa, presintió un grave acontecimiento. Dirigióse á ella vivamente, y cogiéndole la mano:

—¿Qué sucede?—preguntó con ansiedad.—Habla pronto.

Teresa miró hacia el saloncito donde estaba la mulata, y dijo:

—No estamos solas.....

—¡Qué importa! ¡Leila!.... Vaya, no hagas cuenta de ella.

—Puede descubrirlo—dijo gravemente Teresa.

—Antes se cortaría la lengua con los dientes.....—replicó orgullosamente Lydia...—Habla... Muero de impaciencia..... ¿Lo has visto?.... ¿Le has hablado?....

—No.

—¿No?.... Pero si hace media hora que te fuiste... Y vuelves pálida..... ¿Qué hay?

—Hay que no es el que tú esperabas el que he encontrado en la terraza.....

—¿Pues quién es? ¡Gran Dios! Me haces temblar.....

—Aquel de quien tú te habrías ocultado con más cuidado, el que ofendías mortalmente al acoger al extranjero, el que menos podíamos creer que pudiera sorprender el secreto.

Abrió Lydia desmesuradamente los ojos y sus manos temblaron. Acudió á sus labios un nombre que no se atrevió á pronunciar, tanto miedo tenía á que Teresa le contestara: «Sí, él es.» Pero comprendía el estupor de Teresa, como Teresa comprendía su espanto. No tenían necesidad de explicarse más. Las dos sabían á qué atenerse. Lydia dominó, sin embargo, su emoción, y ardiendo en deseos de obtener datos más precisos:

—¿Y ha sorprendido..... al otro?

—Sí.

—¿Y qué ha pasado?

—Ha querido hacerle confesar por quién venía aquí.

—¿Y ha hablado?....

—No.

Lydia respiró. Sentíase ya aliviada de una parte de sus inquietudes. No había sido denunciada. Ahora, ¿qué habría resultado del encuentro de los dos hombres? Y añadió:

—De modo que después de esa negativa de explicación.....

En el momento de decirlo todo, Teresa vaciló. Al presente estaba segura de que Lydia la había engañado al afirmarle que no había encontrado más que una vez al italiano antes de aquella en que había entrado en el jardín. Para haberle recibido era preciso que le amase. ¿Qué dolor iba á experimentar al saber el trágico desenlace de su aventura? Y generosa y tierna hasta el fin, aun con aquella á quien ya no estimaba, la joven contenía las palabras decisivas. Sin embargo, no podía tardar en explicarse. Y el silencio se hacía más cruel que la explicación.

—¡Y bien!—dijo—ha habido provocación, combate, y....

Lydia lanzó un grito.

—¿Lo ha matado Raimundo?

Clavó sus miradas en el rostro de Teresa, llena de una ansiedad terrible. Esta, sin responder, bajó la frente. Entonces la criolla, con un gesto de espanto, se llevó las manos á la cabeza, y girando sobre sí misma, como atacada de demencia, repitió:

—¡Lo ha matado! ¡Oh, Dios mío! ¡Lo ha matado! ¡Lo ha matado!....

Nada podría expresar la mezcla de rabia y de terror con que gritaba. Aquello era á la vez un lamento y una imprecación, como si sintiera desesperadamente la muerte y maldijera al matador. Teresa, asustada, quiso contenerla, tratar de calmarla, de hacerle reflexiones. Lydia, en su marcha furiosa, la empujó con violencia y siguió gritando como una loca. Leila salió del saloncito y corrió hacia ella, y fué acogida por el mismo grito desgarrador y obstinado. Pero la mulata cogió á la joven en sus brazos y la obligó á detenerse, diciéndole con autoridad:

—Callaos, amita. Podría oiros vuestra madre.

Aquella prudente observación pareció hacer efecto en Lydia. Se quedó inmóvil, y de sus ojos brotaron torrentes de lágrimas. Luego, viendo á Teresa que la miraba llena de compasión, golpeó con el pie, y dijo:

—¡Ven, Leila!.... Vamos á mi cuarto; que siquiera pueda llorar con libertad.

Sin una palabra afectuosa para la joven, abrió la puerta y desapareció. Entonces la mulata, volviéndose hacia Teresa, se puso el dedo en la frente, y con voz sorda:

—Sufre, y hay que perdonarla.

Y siguió á Lydia. Al quedarse sola, Teresa se detuvo un instante enfrente de la ventana, mirando al jardín de sombríos macizos, con sus senderos blanqueados por la claridad de la luna. Apoderóse de ella un gran desaliento al verse tan rodeada de impureza. Aquella joven casta y leal no podía comprender la traición y el libertinaje. Haber dado su fe y faltar á ella, ser amada y entregarse aventuradamente á otros amores, era cosa que no le entraba en la cabeza. Para ella era una aberración inexplicable y monstruosa que una mujer destinada á la dicha absoluta de ser la compañera de Raimundo pusiera sus miradas en un extranjero, en

un desconocido, casi un transeunte. ¿Qué tenía en el cerebro y en el corazón aquella Lydia, á quien no bastaba todo lo que Ploerné le prometía de alegría y de brillo en el porvenir? Olvidándolo tan pronto, ¿le había amado un solo día? Pero ahora, ¿no estaba irremisiblemente separada de él? Entre Raimundo y la querida del extranjero, se alzaba una barrera que Lydia no franquearía jamás.

En el corazón de Teresa penetró un rayo de esperanza. Pero encontró mal regocijarse de una desgracia que podía devolverle la dicha que había creído destruída para siempre. Había, sin embargo, sufrido tanto, que le era muy difícil no tomar calor en aquel primer rayo, todavía tan pálido.

Volvió á ver otro jardín, el del hotel de la avenida Hoche, el día en que Raimundo fué á despedirse de ellas. Con mortal tristeza había dejado solo al marino con Lydia, sabiendo bien lo que iban á decirse. Una hora después habían entrado en el salón, cogidos de las manos, y habían anunciado su compromiso. Ella los miró, sin que nada denunciase su desesperación, y les sonrió al felicitarlos. Y durante dos años había vivido con la certidumbre de que su vida estaba destrozada y de que nada podía hacer el milagro de que cambiara su destino.

Sin embargo, el milagro se realizaba. El jardín de Beaulieu había oído otros juramentos distintos de los cambiados en París, la víspera de la separación. Había visto pasar por sus bosquecillos otro hombre que no era aquel á quien Lydia debía pertenecer. Todo estaba cambiado, y Teresa tenía el derecho de esperar. ¡Ah! ¡Esperanza bien débil! Si Lydia estaba separada de Raimundo, Raimundo no vivía más que para Lydia. El lo había dicho:

«Si la hubiera encontrado infiel, la habría matado y me habría matado.» ¿Cómo poner de acuerdo la pasión tan profunda del uno con la insensibilidad completa de la otra? ¿Sobreviviría él al abandono de aquella mujer ingrata? ¡Débil esperanza! Pero sin embargo era una esperanza, y la valerosa y tenaz Teresa se asía á ella vigorosamente.

Se dirigió á su cuarto á pasos lentos, y al pasar por delante de la puerta de Lydia, le pareció oir un rumor de voces, interrumpido por gemidos y sollozos. No se detuvo y entró en su habitación.

La voz que murmuraba era la de Leila, que exhortaba á su ama á la resignación y á la calma. Los gemidos y los sollozos eran de Lydia, que los exhalaba para aliviar su cólera más que su dolor. ¡Espíritu singular! La criolla se sentía más herida en su orgullo que en su amor. Aquella intervención autoritaria y violenta de un hombre, obrando como dueño y trastornando su vida, la sublevaba. Hasta allí todo se había plegado á sus caprichos, su voluntad no había encontrado ninguna resistencia. Había nacido en tierra de esclavos, donde los blancos son reyes. Hasta entonces, su despotismo había encontrado sobre qué ejercerse sin freno. Su madre la había dejado en libertad, Leila la había adorado, Raimundo había temblado de amor delante de ella. Creyó que todo le era permitido. Y poco contenida por su razón, muy arrastrada por sus sentidos, había resbalado hasta la falta, fácilmente, poetizando su caída, á medida de su gusto, complaciéndose en ella porque era suya.

Y hé aquí que de pronto aparecía un hombre que echaba abajo el andamiaje de sus fantasías, y que, desde las alturas donde se mantenía á fuerza

de presunción, la hacía caer en el fango y en la sangre. Rechinaba los dientes. Los sollozos le eran arrancados más por su impotencia que por sus pesares. Sin embargo, la atenaceaba un dolor animal, dolor de hembra á la que han matado su macho. Lloraba, con violencia, á aquel hermoso joven de frente pálida, de aterciopelados ojos, que la había hecho estremecerse de placer. Y en sus furiosos lamentos unianse su vanidad ofendida y su deseo engañado. Tendida sobre un sofá, con la cabeza hundida en los almohadones, rugía con las manos crispadas y las uñas clavadas en las palmas. La mulata le hablaba como á una niña.

—Es preciso que os calméis. ¿De qué sirve que os pongáis de ese modo fuera de vos? Mañana estaréis enferma ó desfigurada. ¿Y cómo os arreglaréis para afrontar al que vuelve?

—No me hables de él: le odio—gritó alzando su frente pálida bajo sus cabellos en desorden.

—Odiadle, si no podéis pasar por otro punto; pero sonreidle al mismo tiempo. Es vuestro prometido y le pertenecéis.

—¡No quiero volver á verle!

—¿Y qué haréis para conseguirlo?—Habría que confesar.

—¡Todo antes que su odiosa presencia!

—Habláis en este momento como una niña.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Consultáis á una pobre mulata?.... Pues bien; oíd la historia de una mujer de mi raza. Sucedió en Cuba hace ya mucho tiempo. Erase una esclava á quien su amo había encontrado hermosa..... Amaba á un hombre de su color, y el favor del que disponía de ella como de una cosa que había pagado, la horrorizaba..... y resistió á sus instancias. Entonces para domar su fiereza, como él decía, hizo el amo atar al negro preferido por la esclava á un poste, y á presencia suya, ordenó que lo azotaran con un bejuco. A los veinte golpes corría la sangre como de un animal degollado. La víctima ni siquiera gritaba..... La mujer se desmayó de terror; cuando volvió en sí, el desdichado estaba muerto; el amo acababa de desembarazarse de un rival..... La mulata dejó de llorar, y volvió á hacer su vida ordinaria; solamente se hizo más hipócrita..... Y cuando el blanco la llamaba, en vez de volver los ojos sonreía. Aquel hombre perdió entonces completamente la cabeza..... Se habría casado con ella, si ella hubiera querido..... Pero lo que ella quería no era ni la libertad, ni la riqueza, ni la autoridad: era la venganza. Supo hacerse amar del más vigoroso, pero del más pobre negro de la plantación, y una noche que el amo le había anunciado que iría á su choza, escondió al esclavo en ésta y le ordenó que cuando el amo entrase, se arrojara sobre él y lo atara al poste que sostenía el techo. El negro retrocedió ante la audacia del acto que le encargaban realizar; pero ella supo seducirlo tan bien que al fin se decidió á arriesgar su vida para complacerla. Cuando apareció el blanco, el esclavo salió de su escondite, le arrojó al suelo, le agarrotó y le ató como la mujer le había ordenado. Entonces, delante de aquel hombre que la adoraba, se entregó al esclavo que la había servido tan bien. Rugiendo de placer, ante su amo que se retorcía de rabia en sus ligaduras, le gritaba: «Has hecho morir en mi presencia á un inocente, en terrible suplicio..... Muere á tu vez en horribles tormentos, tú que eres el culpable.....» Luego, después de haberle impuesto, durante largo tiempo, la tortura de aquel

espectáculo, salió y, con sus propias manos, pegó fuego á la choza, que se convirtió en un instante en llamas, entre las que pereció el hombre de quien la esclava quería vengarse.

Durante este relato, la mulata se había puesto más sombría. Sus ojos se habían apagado, como si mirase á lo lejos en sus recuerdos. Lydia, apoyada sobre el codo, impresionada por la violencia de los hechos, escuchaba, olvidando su pena. Así que calló su nodriza, le dijo:

—Cuando mi padre te recogió, próxima á ser madre, ibas, según dijiste, de la Habana. ¿Eres tú la mujer cuya aventura acabas de contarme?....

—Sí, ama. Después del justo crimen, obligados á huir, nos hicimos cimarrones, y vivimos, durante seis meses, en los bosques..... A él le mataron en una batida, á mí me recogió en la costa un barco inglés, y me llevó á la Martinica... Caí moribuuda á vuestra puerta, y vuestro padre me abrió su casa... Vinisteis al mundo cuando yo dí á luz un niño muerto, el hijo del crimen. Vuestra madre, para consolarme, os puso en mis brazos, y os alimenté con mi leche.

Leila se calló. Lydia ya no gemía, reflexionaba profundamente. La mulata, sentada en el suelo, á sus pies, la contemplaba.

Después de un largo espacio de tiempo, la criolla movió su cabecita, coronada de rizados cabellos, y dijo lentamente:

—Tienes razón, Leila. Una verdadera mujer no llora, se venga.

Sus ojos brillaban avivados por las recientes lágrimas, sus rosados labios se contraían con una amarga sonrisa. Y levantándose:

—Desnúdame—dijo.—El día de mañana será duro. Hay que descansar.

Acostóse, y, al cabo de algunos minutos, se durmió bajo la mirada vigilante de su esclava. Su cómplice dormía también, á aquella hora, bajo la helada tierra donde lo habían sepultado por la mañana. Y mientras que él comenzaba su sueño eterno, la encantadora criolla, en sueños rientes, pensaba ya en hacer daño á otro.

El sol, entrando á oleadas en su alcoba, la despertó. Con el nuevo día volviéronle sus pensamientos de la víspera. Pero sus impresiones desoladas, su abandono y su fatiga, cedieron el puesto á resoluciones firmes y atrevidas. Los consejos de Leila no habían sido perdidos, y en aquella ardiente cabeza tomaba ya forma, amenazador, todo un plan de conducta. Lydia saltó de su lecho, metió sus lindos pies en unas zapatillas forradas, y se echó un peinador de seda. Alargaba el brazo para tirar de la campanilla con objeto de llamar á su nodriza, cuando la detuvo un golpe dado en la puerta de su cuarto. «Entrad», dijo, y apareció Teresa.

La noche no había trascurrido para ésta tan tranquila como para Lydia. Su rostro con las huellas de la fiebre, y sus ojos enrojecidos por las lágrimas, atestiguaban el desorden de su espíritu. Ella era la que parecía culpable, torturada por los remordimientos, devorada por la angustia. Y Lydia parecía la pura, dulce y virginal criatura. ¡Ah! Raimundo no se engañaría cuando llegara. Vería claramente en aquellos dos rostros, cuál era un monstruo y cuál un ángel; á quién había que tender sus brazos, con amorosa confianza, y de quién había que apartarse con prudente precau-

ción. Sí; como de costumbre, el rostro humano hablaba clara y francamente. No había más que fiarse de las apariencias de pudor, de dulzura, de franqueza, para estar seguro de no engañarse.

Lydia acogió con una frialdad sospechosa á su matinal visitante, presintiendo en aquel paso alguna secreta hostilidad. Y se ponía instintivamente en defensa. Esperábala, replegada sobre sí misma, guardándose bien de hablar la primera, á fin de tener tiempo de prepararse para rechazar el ataque. Con el valor de su sinceridad, Teresa fué la que rompió el fuego:

—Nos separamos anoche tan bruscamente y en un desorden de espíritu tan grande—dijo—que no pudimos cambiar una sola palabra de explicación. Una y otra estábamos agobiadas bajo el peso de acontecimientos demasiado imprevistos. Pero esta mañana es preciso que examinemos la situación. Esta es de las más graves, y cuando la conozcas completamente, como yo, te harás cargo de las obligaciones que se nos imponen. Anoche no te he revelado más que el hecho brutal del encuentro de Raimundo, en el sitio y en vez del que esperábamos, y el drama terrible que había precedido á la sustitución. He comprendido tu desesperación y la he respetado..... Hoy es preciso que sepas las consecuencias que ha tenido mi intervención en tu aventura..... Al verme llegar, creyó Raimundo que el italiano venía por mí. Y, en su exaltación, me ha confesado que si te hubiera encontrado en la cita te habría matado y se habría matado..... Tal confesión me imponía el silencio. Desengañar á Raimundo era, no sólo perderte, sino además llevarlo al suicidio, puesto que te ama más que á su vida..... Acepté, pues, momentáneamente la responsabilidad de tu falta..... Pero no puedo resignarme á seguir acusada. ¿Qué piensas hacer para disculparme?....

—¿Quieres que entere á Raimundo de lo que tan cuidadosamente le has ocultado?

—No, ciertamente.

—Entonces ¿qué?

Miráronse ambas sin encontrar nada que decir, tan insoluble les parecía la situación. Confesar la verdad, era rehabilitar á Teresa; pero era perder á Lydia y asesinar á Raimundo. Una oleada de sangre subió al rostro de Teresa y exclamó con voz temblorosa:

—Sin embargo, yo no puedo seguir siendo responsable de una falta que no he cometido.

—¿Quieres que yo hable á Raimundo?—preguntó Lydia con glacial tranquilidad.

—Sí, es preciso que le hables, pero no para acusarte y perderte. Entre el silencio que me condena y tu confesión que acarrearía desastres, hay otra solución menos dura para él, si no para mí, y que todavía aceptaría yo..... No me lavaría de sus horribles sospechas, pero te desligaría de él, y, con el tiempo, vendría á su espíritu la calma necesaria para que pudiera ser intentada entonces mi rehabilitación..... Sí, yo soportaré que me crea culpable, sin perjuicio de desengañarle más tarde, si tú rompes formalmente con él, si lo alejas para siempre de tí.

En los labios de Lydia se dibujó una sonrisa.

—¡Ah! ¿Eso es lo que tú deseas?

—¿Pero no lo deseas tú misma? ¿Admites que los lazos que os unen pueden subsistir después de lo que ha pasado? Veamos, reflexiona un poco. ¿Acaso

no te sientes separada de él por un obstáculo insuperable?

La criolla examinaba á Teresa con una mirada aguda que parecía penetrar hasta el fondo de su corazón. No contestó nada, y siguió sonriendo. Ni la menor traza de emoción en su rostro. Sus largas pestañas no se agitaban más de prisa sobre sus límpidos ojos. Unicamente su boca, un poco contraída, mostraba la punta de sus dientes de perla, en una crispación feroz.

—¿No hay sangre entre ambos?—continuó Teresa con más energía.—Tú has podido decirme lo que has querido cuando te sorprendí, de vuelta de tu entrevista con ese desgraciado..... Te defendiste afirmándome que no lo conocías, que había abusado de tu pavor para seguirte..... Pero estoy muy segura de que aquella no era la primera vez que os encontrábais..... Y tus lágrimas, tu dolor al saber su muerte, todo me prueba que me habías engañado..... Tú no puedes ser la mujer de Raimundo..... Tú lo sabes, tú lo comprendes, y esto es lo único que te pido en pago de mi sacrificio..... Rompe ese matrimonio..... ¡Oh! Con muchas precauciones, para no hacerle sufrir mucho. Y en cambio de esto, que no puede costarte mucho, puesto que no le amas, yo recojo la responsabilidad de la falta.

Lydia respiró fuertemente, y con voz lenta:

—Pero no comprendo tu emoción. Complicas á tu gusto una situación muy sencilla. Entre ese desgraciado, que ha pagado tan cara su insistencia, y yo, no ha habido nada más que lo que te he contado..... No comprendo muy bien los motivos por los cuales reclamas, tan enérgicamente, una ruptura entre Raimundo y yo..... Nada la exige.....

Mi novio se ha batido con un hombre en quien sospechaba un rival..... Ha sido algo ligero, he aquí todo... Le ha matado... ¡Ha tenido la mano bien desgraciada!.... Pero si le hubiera ocurrido una desgracia, habría sido peor..... ¿Qué ves en todo esto que me obligue á alejarle de mí?....

Los ojos de Teresa se llenaron de espanto. No podía comprenderlo, pero oía que su prima rehusaba lo que le pedía como precio de su abnegación. Dió un grito ahogado y quedó aplastada por aquel formidable cinismo.

—La diferencia de nuestras conclusiones está en la diferencia de nuestros puntos de partida. Tú me juzgas culpable, cuando yo sé que soy inocente. No podemos ponernos de acuerdo. Sin embargo, pienso como tú que conviene poner en claro la cuestión y limitar las responsabilidades de cada cual. He aquí lo que yo puedo hacer, si tú quieres. Hablaré aparte con Raimundo, y le revelaré los hechos tales como te los expliqué á tí misma la otra noche. Sabrá que nada tienes que ver en el incidente y á mí me reconocerá víctima. De este modo quedarás sincerada, cosa que deseas con mucha razón, y yo recogeré los reproches que merece mi imprudencia.

—¡Pero Raimundo no te creerá!....—dijo Teresa retorciéndose las manos.

—¡Sí, porque me ama!—respondió audazmente Lydia.

—No creas dominarlo tan fácilmente. Si le hubieras visto anoche, te habría espantado.... Estaba dispuesto á todas las sospechas y á todas las violencias.

—Las sospechas están disipadas ahora..... Y en cuanto á sus violencias, ya arreglaré yo eso.

—¡Pero, en fin, tú no le amas!—exclamó Teresa.—Desde hace dos años que se marchó te observo, y ni una sola vez has mostrado el sincero pesar de su ausencia. No has pensado más que en distracciones y placeres, cuando, para ponerte al unísono con su ruda y triste existencia habrías debido vivir retirada y austera. ¿Pensabas siquiera en él? A cada correo me era preciso recordarte que era tiempo de escribirle: sin esto jamás habría recibido una carta tuya. ¡No, no! Tú no le amas, y no comprendo que te obstines en hacer su desgracia. Porque si no es amado vale más que le apartes de tí, enseguida y para siempre: sufrirá menos. Veamos, Lydia, reflexiona un poco, sé razonable, no juegues con un corazón como el suyo..... Es demasiado sencillo, demasiado confiado, para no merecer consideraciones..... ¡Oh! Si te sientes capaz de hacerle tan dichoso como debe serlo, sé su mujer..... Pero si lo dudas, en nombre de nuestra amistad, de que tan grandes pruebas te he dado, entonces déjale libre.

—¿Para que tú puedas casarte con él, no es eso? —dijo Lydia con una carcajada.

—¿Yo? ¡Yo!—exclamó Teresa, cuya sangre, que por un instante se le había subido al rostro, refluyó bruscamente á su corazón, dejándola tan pálida como si fuera á morir.

—¡Sí, tú!—contestó la criolla rudamente.—¿Crees acaso que no leo en tu pensamiento? ¿Me tomas por una tonta? Desde hace dos años no hay uno solo de tus actos cuya significación y alcance no haya comprendido. Esa rigidez puritana que te has impuesto, ¿no estaba destinada á hacer contraste con mi frivolidad? Tu asiduidad en escribir á Raimundo, ¿no debía acentuar más mi negligencia? ¿No debía él comprender, el mejor día, así, que tú eras quien sentía verdaderamente su ausencia mientras yo me divertía entretanto? ¿No cambia fácilmente en dos años el corazón de un hombre? ¿No tenías esta esperanza, dulce y quejumbrosa Teresa? Por eso ¡cómo me has espiado, y qué contenta te has puesto al creerme cogida en el lazo! Pero has sido muy imprudente al ir, en mi lugar, una noche al jardín. El hábil andamiaje de tus intrigas se ha venido abajo de golpe sobre tu cabeza, y hete aquí reducida á gimotear, á fingir sentimiento, á defender hipócritamente la causa de un hombre que apenas se cuida de tí, en vez de decir audazmente tu pensamiento, que es este: «Me gusta tu novio; cédemele ó te denuncio.»

Teresa no contestó enseguida. Había escuchado con estupor este violento apóstrofe. Luego se rehizo, serenando el hervir de su sangre y la irritación de sus nervios. Quería estar tranquila, comprendiendo que si se dejaba arrastrar por su indignación, daría muchas ventajas á su astuta adversaria. Bajó los ojos, porque no se atrevía á mirar á Lydia, embarazada ante tanta perversidad, y contestó:

—Si quieres conocer el fondo de mi corazón, no te haré un misterio de la afección profunda que profeso á Raimundo. Sí, has adivinado bien, le amo, y desde mi infancia. Pero mira qué diferencia: sabiendo que te amaba, no he dicho una palabra que pudiera apartarle de tí. Sabiendo que le amo, tú te empeñas en conservarle, no por la dicha de ser suya, sino por la satisfacción de impedir que sea mío. Dices que desde hace dos años, has leído en mi pensamiento: pequeño mérito, porque jamás he disimulado ni sé mentir, como ves, pues-

to que á tu primera pregunta contesto con una confesión. No soy hipócrita; y si he vivido retirada, si he vestido de negro desde la partida de Raimundo, es porque cuando se separó de nosotras, estaba yo de luto todavía por mi madre. Que yo haya podido creer que tú olvidarías al ausente y que yo pudiera tener la dicha de consolarle de tu abandono, sí es cierto, y tu ligereza ha sido la primera instigadora de este mal pensamiento que me avergüenza ahora. Pero si hubieras sido una prometida fiel, yo no habría podido hacer cuentas con tu inconstancia, y antes me habría arrancado el corazón que conservar en él una esperanza desleal. Hoy, todo lo que yo había esperado de tí se ha realizado. Entre tu prometido y tú, hay otro amor. Lo niegas, pero no conseguirás engañarme. El desconocido que entró aquí la otra noche, no entraba por primera vez. Tú no puedes, obrando lealmente, dar tu mano al hombre honrado que, por su parte, te consagra su afección por completo. Todo te exige que rompas el lazo que os une: la honradez y la prudencia. No te pido que me contestes inmediatamente. Es necesario que reflexiones. No creas que obro por mi interés. Lo que únicamente me preocupa es Raimundo. Sé que está muy enamorado de tí para poder esperar que me ame. Un corazón como el suyo no olvida fácilmente. Simplemente quiero evitaros, á tí una mala acción, á él, un porvenir peligroso. Y estoy resuelta á hacer todo lo que dependa de mí para obtener este resultado.

—Muchas gracias por prevenirme. Por lo demás, lo esperaba. Pero te advierto que haré todo lo que de mí dependa para que fracases.

Teresa hizo una ligera inclinación de cabeza, y, sin añadir una palabra, salió. Tan pronto como

estuvo cerrada la puerta, Lydia se acercó de un salto á la *portiere* de su tocador, y levantándola, llamó:

—¡Leila!

Apareció la mulata. Con un brusco movimiento, la criolla la cogió por la muñeca, y llevándola hasta el centro de la habitación:

—Teresa acaba de salir de aquí—exclamó.—Adivina lo que me ha dicho.

—No tengo necesidad de adivinarlo: escuchaba—dijo la nodriza con tranquilidad.

—¡Y bien! ¿Qué piensas de esa fría rubita?

—Pienso que es capaz de hacer lo que ha anunciado y de prevenir á vuestro novio y á vuestra madre.

—¿Sabes que Raimundo es hombre capaz de matarme?

La mulata extendió un brazo con aire resuelto:

—¿No estoy yo aquí?.... Ni siquiera os tocará con la punta de un dedo, amita, ¡ó desgraciado de él!

Lydia sonrió, encogiéndose en su sillón.

—¿Sabrías defenderme?

—¿Contra un hombre? ¡Vaya una cosa! Y contra una mujer también. ¡Que lleve cuidado la mogigata de vuestra prima! Como tenga muy larga la lengua, se la puedo cortar.

Pronunció estas palabras con tal acento de amenaza, que Lydia se estremeció.

—Nada de imprudencias ¿lo oyes?—dijo la joven. Aquí no estamos en las colonias, donde ciertas flores son tan peligrosas, que, sólo con respirarlas, se muere. Estamos en Francia, país donde todo es precisa, metódica y cuidadosamente analizado; donde no conviene amar con demasiado ardor ni

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

odiar con demasiada violencia. Reserva tus medios para un caso supremo, y déjame salir del asunto por mis procedimientos propios, que no son para desdeñados.

—Si es preciso seducir, triunfaréis.

—Y no podrán nada en contra todas las Teresas del mundo.

Al hablar así se había levantado, y su peinador entreabierto dejaba ver su garganta redonda y nacarada. Los brazos, firmes y brillantes como el mármol bruñido, salían de las amplias mangas y mostraban el tono ambarino y encendido de su piel hacia los hombros. Sus rizosos cabellos cubrían su espalda con una ola negra. Brillaba en sus ojos una mirada victoriosa, y su boca de rosados labios sonreía con aire de provocación. Estaba tan radiante de este modo, con una belleza tan voluptuosa y tan potente, que la mulata, como ante un ídolo, se puso de rodillas, y bajando su cabeza bronceada, con devota admiración, besó sus pies desnudos.

IV

A cosa de las dos, después de haberse hecho preceder de dos líneas anunciando su llegada á la señora de Saint-Maurice, Raimundo se presentó en la *villa* de Beaulieu. Su tía le esperaba en el salón, junto á la chimenea, tiritando á pesar del hermoso sol que entraba por todas las ventanas. Al ver al marino lanzó una exclamación de alegría, y tendiéndole los brazos con efusión maternal:

—¡Ah, querido hijo mío! ¡Qué dicha, qué sorpresa! Volvéis como os fuísteis: de improviso. Pero esta vez no se trata de llorar, sino de regocijarse.

Veamos, ¿cómo reaparecéis..... ¿Estáis en buen estado?.... ¿Y esa herida?

—Curada por completo, mi querida tía..... En el momento de partir estaba ya convaleciente..... Seis semanas de mar han acabado de ponerme bien..... ¿Y aquí está todo el mundo con buena salud?.... ¿No ha cambiado nada después de mi marcha?

Al hacer esta pregunta, observaba á la señora de Saint-Maurice, ávido de saber si habría turbado su pensamiento alguna sospecha de las misteriosas intrigas sorprendidas por él. La buena señora no parpadeó. Su gimiente indolencia la hacía inapta para toda preocupación extraña á sí misma. Las dos jóvenes habían vivido á su lado sin que ella notase en su actitud nada sospechoso. Ni la dulce melancolía de la una, ni las ardientes fantasías de la otra, habían herido sus ojos. No se había cuidado más que de su bienestar personal.

Mientras que Raimundo, escuchando la charla de su tía, hacía estas reflexiones, abrióse la puerta y entró Teresa. Raimundo, que se había levantado bruscamente, la vió llegar, y con un vivo asombro la encontró tan igual á como estaba cuando la había dejado, que le pareció que eran ocho días y no dos años los que habían transcurrido desde su partida. El mismo delicado aspecto de niña de dieciséis años, el mismo grave candor de la sonrisa, la misma limpidez azulada en los ojos. La que tenía ante sí no era solamente una joven, sino una virgen con toda su tranquilidad inmaculada.

Le impresionó hasta el punto de permanecer inmóvil y mudo, con el corazón oprimido por una extraña duda. Hubo necesidad de que su tía, asombrada de su reserva y de su silencio, le dijera: